

Los menorquines a través de la historia

Por D. FRANCISCO SINTES OBRADOR

Al clausurar con mi intervención de hoy el Curso de Estudios Menorquines de este Ateneo barcelonés, no puedo sustraerme a la imperiosa necesidad de expresar dos sentimientos que me dominan: el agradecimiento y el sentido de mi responsabilidad personal.

Agradecimiento, en primer lugar, a los organizadores del cursillo y a la alta institución cultural —el Ateneo de Barcelona— que los cobija. Escribía nuestro querido Lafuente Vanrell: "Ocurren en España cosas singulares. Y una de ellas es que la Isla mediterránea más original por su aspecto, por su lenguaje, por su historia y por su cultura, la pulcra Menorca —llamada por una escritora la Isla blanca y azul— es la menos conocida de las que forman el rico archipiélago balear". Tal vez por ello los menorquines somos especialmente sensibles a toda prueba de interés y comprensión hacia nuestra Isla y no me hubiera sido posible pro-

nunciar hoy una sólo palabra si no la hubiera precedido una pública y sincera expresión de agradecimiento a todos cuantos han hecho posible el curso que hoy clausuramos, al Ateneo, a los organizadores, y a quienes no han regateado el concurso de su valiosa asistencia, entre los que veo tantas caras conocidas, tantos amigos, y tantos miembros de ese foco de menorquinismo en Cataluña que es la "Casa de Menorca" en Barcelona.

Al agradecimiento debo añadir el sentimiento de responsabilidad, al hablar en un centro de tan bien ganado renombre intelectual, precedido por las brillantes intervenciones de unos auténticos especialistas en las materias que, respectivamente, han tratado y al hablar ante un auditorio tan docto. También el tema que me ha sido asignado presenta para mí, junto a su inmenso atractivo, no pocas dificultades de tratamiento y de enfoque. Permitidme, pues, que entremos en él con sumo cuidado, de puntillas y sin hacer ruido, como los hombres de Ulises en la cueva de Polifemo.

Empecemos por analizar el título propuesto: se trata de la proyección de los menorquines a través de la historia. El sujeto, pues, de nuestra investigación es, propiamente hablando, los menorquines, o sea una agrupación humana, caracterizada fundamentalmente por la impronta impresa en ella por su lugar de radicación, de vida o de unión histórica, que es la Isla de Menorca. El instrumento de nuestra investigación será el análisis de los hechos históricos; pero, bien entendido, que, además del valor que éstos tengan "per se", trataremos de ver a través de ellos algo, configurado por la historia, pero que es más y distinto que la historia: el alma menorquina, el alma colectiva de un grupo humano, radicado en una especial situación geográfica —la Isla de Menorca— y "emergente" de entre los avatares del devenir histórico.

La traducción francesa de la obra "Orígenes y sentido de la historia", de Karl Jaspers, está precedida por una "Nota de los traductores" sobre la dificultad inicial de traducir al francés el propio título de la misma de su idioma alemán originario: "Vom Ursprung und Ziel der Geschichte", no solamente por la dificultad de encontrar la palabra francesa equivalente de la alemana *Ziel* sino, también y muy especialmente —como señalan agudamente los traductores— porque "mientras que en francés *Historia* se aplica al pasado, *Geschichte*, para el pensamiento alemán, recubre también el futuro. Esto nos lleva a precisar el sentido de una noción a la que Jaspers vuelve siempre, la de *historicidad* (*Geschichtlichkeit*): "la historicidad, dice Jeanne Hersch a este propósito, es un elemento *esencial* de la *condición* humana, a la vez temporal y trascendente. El hombre no realiza su existencia más que en el tiempo, en medio de circunstancias que no son dadas más que una vez, pero no cumple esta realización temporal más que por un acto de su libertad ligada a su trascendencia. Es el acto trascendente que dá un sentido a las grandes articulaciones del tiempo (presente, pasado, futuro). Recíprocamente, es la inserción real en las circunstancias temporales la que dá su realidad al acto trascendente. Tal es la historicidad del hombre individual, tal es la historicidad de la humanidad entera, forjando su personalidad a través del tiempo".

Proyectando, como una luz de enfoque, la idea general enunciada sobre nuestro concreto tema de estudio, quedará entendido que trataremos de ver el alma menorquina forjándose en el tiempo, emergente de la teoría de "sucesos" de la historia menorquina que la disponibilidad de tiempo nos permita analizar. Así, pues, si el hombre menorquín es el sujeto de nuestro interés, la historia de Menorca será el instrumento de trabajo intelectual que nos aproxime a la rea-

lidad de nuestro estudio. Es así como entenderemos a los menorquines a través de la historia.

Decidida esta previa cuestión de enfoque, permitidme dos palabras sobre el tratamiento. Este se realizará, según acabamos de decir, utilizando la historia como instrumento de trabajo intelectual, tratando de ver a través de los actos humanos de las épocas pasadas lo que éstos tienen o tenían de "sucesos", es decir, de "realización o malogro de proyectos", según nos enseña Zubiri ("Naturaleza, Historia, Dios", Ed. Nacional. Madrid, 1955). Pero la visión de ese *pasado* la hemos de intentar nosotros y ahora, desde nuestro *presente*, afectando inevitablemente lo que Ortega llamaría nuestra *perspectividad*, y ahí reside la limitación intrínseca a la herramienta de trabajo que vamos a utilizar, a causa de ese fenómeno de doble temporalidad del suceso histórico —la del momento en que se produce y la de aquel en que es estudiado— a que en otra ocasión me referí con algún mayor determinimiento. ("De la doble "temporalidad" de la Historia". Congreso de Historia de la Corona de Aragón).

Otra dificultad deriva de que el suceso histórico no nos es transmitido en su integridad, en forma que podamos observarle en su unidad indestruida, sino solamente a través de los trozos o parcelas de esa unidad que, salvando la acción destructora del tiempo, han llegado hasta nosotros. "El pasado no pervive bajo forma de realidad subyacente. En cuanto realidad, el pasado se pierde inexorablemente. Pero no se reduce a la nada. El pasado se desrealiza, y el precipitado de este fenómeno es la posibilidad que nos otorga. Pasar no significa dejar de ser, sino dejar de ser realidad, para dejar sobrevivir las posibilidades cuyo conjunto define la nueva situación real (Zubiri, op. citada). He aquí la extraordinaria entidad y la tremenda fragilidad del instrumento que vamos a utilizar, así como la decisiva importancia de

las fuentes históricas en que podamos apoyarnos. El historiador catalán F. Soldevila, situado ante un problema de mucha mayor extensión, pero análogo sentido, ("Historia de España", Tomo I. Ed. Ariel, Barcelona) decía: "En realidad, obras como ésta deberían poder basarse sobre obras de síntesis, intermedias entre la monografía y la historia general... Pero estas obras no son abundantes: hay que acudir a la monografía. Y hoy la labor de un hombre no es suficiente para abrazar la totalidad de lo que se ha escrito sobre cada materia, no sólo por la amplitud de la bibliografía, sino porque al cabo de algunos años de trabajo, cuando la obra no ha llegado aun a su término, hay que empezar de nuevo a rehacer, a retocar, a causa de las nuevas obras o estudios aparecidos... Por eso, acostumbra ya a acudirse a trabajos de equipo". Palabras que salvando la no pequeña diferencia de volumen entre la totalidad de España y nuestra pequeña isla, son enteramente aplicables a la Historia de Menorca, necesitada de muchas precisiones, siempre bajo la guía de la gran obra, de permanente interés, de nuestro admirado D. Francisco Hernández-Sanz.

Para no referirme más que a un ejemplo de entre los varios que podrían citarse, los hallazgos sobre documentación medieval menorquina realizados en el Archivo de la Corona de Aragón por su antiguo director, el historiador D. Jesús Ernesto Martínez-Ferrando, obligarán a replantear en unos casos o a plantear sencillamente, en otros, muchos temas de la historia medieval menorquina. Con ello todo un período crucial, verdadera piedra angular del edificio de la historiografía menorquina, habrá de experimentar serias revisiones.

También el sentido y toda la profundidad de penetración en el cuerpo colectivo que llamamos pueblo menorquín (dando a la palabra *pueblo* toda la amplia acepción que ya

le dió Alfonso X El Sabio) han sido objeto de profunda mutación en el interés reflejo despertado o que nos inspira. Antes, la historia se concebía fundamentalmente en función del protagonismo casi excluyente del héroe que con su esfuerzo lo hacía posible, quedando la restante masa humana más como objeto que como sujeto de la Historia. Así la historia se reducía casi exclusivamente a un ordenado esquema de acciones bélicas, la famosa *histoire batailles* de que hablan los franceses. Hoy la atención se va centrando más y más en esa masa anónima y se fija en multitud de aspectos económicos, sociales, y aun domésticos e íntimos, para el estudio de los cuales falta con frecuencia el necesario apoyo documental. En relación con la historia de Menorca habrá que continuar estadísticas largo tiempo iniciadas para, de la extrapolación de datos, tratar de obtener líneas de tendencia histórica. Entonces, multitud de datos acumulados en las monografías de Ramis y aun en obras generales, pero menos sistemáticas y modernas que la básica de Hernández-Sanz, como los de Riudavets, Oleo, Armstrong, etc. habrán de ser cuidadosamente revisadas por haber adquirido un renovado interés. Y al ampliar la base de nuestro estudio para que quede registrado hasta el menudo detalle cotidiano —pues también él puede venir cargado de sustancia histórica— habremos de acudir en no pocas ocasiones hasta a la intuición de los poetas, que no es mal camino de acceso a la verdad. Con este criterio tendremos también que registrar y estudiar minuciosamente toda la obra actual esparcida en multitud de trabajos dispares, aparecidos recientemente, para prolongar hacia el futuro, a través del presente, todo el edificio historiográfico que en el pasado compusieron nuestros antepasados. Esta es la inmensa tarea a que está obligada nuestra generación intelectual menorquina, si quiere ser digna sucesora de sus antepasados. Esta es la

inmensa obra que vengo a proponer y de la que ésta intervención mía de hoy no pretende ser respuesta o solución, sino, escasamente, una parte de su esquema orgánico de trabajo.

Si queremos entender nuestra historia y queremos, igualmente, entendernos a nosotros mismos, hemos de partir de un hecho condicionante básico, el de nuestra insularidad. Y aquí empezaremos por encontrarnos con una dificultad previa que, previamente también, habremos de resolver, a saber, el grado de influencia que asignemos al impacto de la geografía sobre la historia, a las condiciones del espacio en que el hombre realiza sus acciones sobre el valor de estas mismas acciones. Desde Hipócrates, que fue quien primero vió la influencia de la Geografía en la Historia, esta idea no ha cesado de tener su proyección en todos los tratadistas de Lucrecio a Bodino, Taine, Humboldt, Ritter, Ratzel, Fevbre, Vidal de la Blache, Huntington y los modernos "geopolíticos", algunas de cuyas escuelas llegaron a pretender que la influencia de la *gea* sobre la *polis* rebasara ampliamente los límites de una relación histórica para convertirse en factor determinante de las acciones históricas. De ahí a colocar este determinismo al servicio de una propaganda política concreta no había más que un paso, y este paso fue dado en más de una ocasión, por lo que —también es de presumir que equivocadamente—, al final de la Segunda Guerra Mundial se quiso confundir más de una vez los resultados de la guerra con la valoración global de unos estudios que habían tenido, por otra parte, la indudable oportunidad de plantear las relaciones del hombre con su medio geográfico sobre unas bases dinámicas de indiscutible interés.

Sea como fuere, es indudable que la antigua pregunta de Kant: "¿Cuál fue primero la Geografía o la Historia?"

podría contestarse hoy en la misma forma que antes, de acuerdo con la propia opinión del filósofo: "La Geografía se encuentra subyacente en la base de la Historia" y continuar —en la línea de Ratzel— como hace Ellen Churchill Temple, diciendo: "Ambas (Geografía e Historia) son inseparables. La Historia toma como campo de investigación humana los sucesos en varios períodos de tiempo; la *Antropogeografía* estudia la existencia en varias regiones del espacio. Pero todo suceso histórico tiene lugar en la superficie terrestre y, en consecuencia, está más o menos modelado por su marco geográfico". Es por eso que "en cada problema histórico existen dos factores principales, diversamente dosificados, como son el hombre y sus condiciones geográficas, las fuerzas internas de la raza y las fuerzas externas del *habitat*. Pero los elementos geográficos en la larga historia del desarrollo humano han estado operando duramente y operando persistentemente. En ello radica su importancia. Es una fuerza estable. Nunca duerme".

El segundo hecho básico condicionante del carácter menorquín es el de que esta su insularidad es mediterránea. No sería este el momento ni habría tiempo bastante al concedido a mi intervención para bosquejar brevemente lo que la Humanidad debe a este mar que está en el origen de nuestra actual concepción del mundo, de nuestra cosmovisión. Bastará recordar con Ludwig que "...todo lo que nos eleva sobre los salvajes ha nacido en el Mediterráneo" y que "sólo en el Mediterráneo se combinan todos los factores para perpetuar el clima suave y constante que engendra caracteres armoniosos y soleados y, por su intermedio, la cultura y el arte". Es sin duda por ello que "...el hombre del Mediterráneo conserva todavía su firme serenidad entre las tormentas del mar y las batallas de las naciones, a través de una sangrienta historia cuajada de ansias, de poder y venganza, entre

terremotos, maremotos y naufragos; pero no debemos medir el tiempo por batallas, ni a los pueblos por Césares. Sano y despreocupado, el hombre del Mediterráneo vive en su país de lo que para él fructifica o de lo que la suerte le depara, y se ajusta al clima como el clima se ajusta a él; pero hasta en las ciudades hace una vida al aire libre, consumiendo muy poca carne o bebidas destiladas, pues la fábrica es una excepción aun hoy y en tiempos de paz le deja días libres por semana. La vivienda con sus abiertos pórticos, el gran brasero en invierno, la "loggia" de la plaza pública donde pasa el rato, fuma, lee el diario o charla con sus amigos ante la tacita de café —igual que sus antecesores lo hacían en la época de Pericles— le proporciona una vida al sol y al viento que ni el norte ni los trópicos pueden brindar.

De ahí la flexibilidad del tipo mediterráneo, la esbeltez de la figura, la rapidez de piernas y de comprensión, la cortesía, el gesto ampuloso y la elocuencia. De ahí también la vanidad y la demagogia, esa costumbre de tratar la vida pública como si fuese un juego, el partidismo, la desintegración de un propósito nacional en cien mezquinos deseos, la resistencia a la autoridad y la limitación del dominio individual al periodo de tiempo que un hombre puede divertir a la multitud".

Nada mejor a nuestro juicio que el anterior apunte de Ludwig para describirnos al hombre mediterráneo en un cuadro que permanece válido a través del espacio y a través del tiempo, de Grecia a España de Pericles a nosotros mismos. Se advierte en él a un protagonista de tan excepcional magnitud que los demás elementos de la composición ven reducido su papel al de simples coros de tragedia griega. Este protagonista es el Mar Mediterráneo nuestro mar, el *Mare Nostrum*, el Mar por antonomasia.

Y llegado a este punto quisiera ya enlazar directamen-

te con nuestra Isla de Menorca, llamando la atención sobre un hecho que dejo aquí como flotando en el ambiente, con el deseo de que algún investigador especializado lo recoja y saque de él todas sus previsibles consecuencias, (dedicándolo en especial a los profesores D. Juan Hernández-Mora y D. Luis Casanovas Marqués). Me refiero a la influencia del mar en la Literatura Menorquina. Aunque en este esbozo de programa no hay tiempo para más, permitidme que, sin agotarlo siquiera en la pequeña parcela a que lo voy a dejar reducido, recuerde la importancia de este tema en un solo campo, el de la poesía.

Recientemente he tenido ocasión y deleite de leer la interesante "Antología poética Menorquina", que el profesor D. Luis Casanovas Marqués ha presentado como trabajo-magistral en ocasión de unas oposiciones brillantemente ganadas. Esta interesante obra (que pide ser prontamente publicada) refleja la producción poética menorquina en castellano de la segunda mitad del siglo XVIII al año 1914, la que es fundamentalmente intimista y lírica, hasta el extremo de que de una extensa producción reseñada muy cuidadosamente —reflejando un auténtico período aureo, en la segunda mitad del siglo XIX— sólo podemos encontrar tres composiciones épicas. De ellas una escapa no poco a Menorca no sólo porque su autor, el ilustre Quadrado, lo compartamos con nuestra hermana mayor Mallorca, donde vivió casi siempre, sino también porque, como reflejo de la circunstancia anterior, la temática de la obra es predominantemente mallorquina. De los otros dos poemas, únicos representantes de la épica menorquina en un período poético tan notable, uno de ellos, o sea la mitad de la producción total, tiene el mar como telón de fondo, titulándose "Compendio de las excelencias del Puerto de Mahón" donde su autor, Fons Carreras, vé con orgullo isleño.

“De toda especie buques y baderas,
entre hosques de cuerdas y maderas...”

(El otro poema épico menorquín de esta época es “La Alonsiada”, de Ramis).

Aun en los poemas líricos el mar aparece con frecuencia, bien como una lejana nostalgia o como el elemento fundamental de una metáfora. Así la equilibrada poetista Catalina Tudurí Fontcuberta en su poema: “A Dios”

“Al eco de tu “Fiat” los montes se formaron,
la tierra con sus ríos y el anchuroso mar,
los valles y los prados de verde se adornaron
y se escuchó en sus hojas al viento murmurar”

.....
“Aromas a las flores les diste con tu aliento,
tu voluntad suprema al mar dique forjó;
y notas armoniosas y fuerza tuvo el viento
y el universo mundo con soles mil brilló”.

Así A. Marcelina Vinent, dirá muy en el estilo de su época.

“Yo soy el pobre nauta que espanta la tormenta
en medio de los mares que el viento fiero irrita ..”, o
en otra ocasión:

“La existencia es un mar de sinsabores...”

No son, sin embargo, los poetas de ese período áureo, algunos bien notables y con buen dominio del castellano, los más expresivos de esa influencia del mar, bien como fuerza telúrica o ya como elemento en que —semejante a una nave— se mueve la Isla de Menorca (“La Isla que navega” la llamó en un interesante ensayo Castells Adriasens) en sus singladuras a través del tiempo. Y ello me lleva a recordar la distinción establecida por un menorquín al que cada día

admiró más, Francisco de B. Moll, entre lo que los filólogos italianos llaman *la lingua del cuore* y *la lingua del pane*. En otra ocasión afirmé que existen expresiones idiomáticas y palabras que no son enteramente traducibles a otros idiomas y fijaba como ejemplo la dificultad de encontrar el equivalente castellano del “*seny*” catalán. El humanista mallorquín D. Juan Fons corroboró con la suya mi opinión y he de confesar que me siento mucho más seguro con su firme apoyo. Hoy mismo al empezar esta intervención hemos visto como la palabra *Geschichte* alemana no podía realmente dejarse traducida por la *Histoire* francesa y quedar con la conciencia tranquila. Es tal vez por eso que acierta Borja Moll cuando afirma que “cuando escriben poesía en castellano, autores no castellanos, pocas veces llegan a encontrar la forma de expresión adecuada que da perennidad a las obras literarias”. Ahora, la nueva generación poética menorquina maneja con igual frecuencia el catalán y el castellano y en ambos idiomas encontramos expresiones poéticas cargadas de un profundo sentido antopogeográfico. Una vez más la intuición poética se nos refleja como uno de los más seguros medios de percepción. Con frecuencia en los poemas en catalán la influencia del mar se refleja con una mayor fuerza telúrica. Haré muy pocas referencias a ellos en atención al auditorio que no hable catalán. De paso quiero señalar que este protagonismo del mar en la vida de Menorca hace de esta Isla “*Algo más que piedras y viento*”, dicho según el título de un artículo de mucho interés del Dr. Santiago Loren sobre nuestra Isla, título correctivo de otro no totalmente justo ni tan siquiera parcialmente agradable, a los buenos oídos menorquines.

Gumersindo Riera, en “Nuestra Isla”, expresa tres constantes del pensamiento menorquín sobre la propia isla; su pequeñez (contenida, con una fuerte dosis de afecto, en

la palabra "roqueta"), su pertenencia al mar (más que unos desposorios con el mar, a la veneciana, como algo que emerge y está, a la vez, presa en él) y su españolidad (terca y persistente españolidad a lo celtibérico).

"Nuestra isla es del mar. Ahí está presa
con su santo, su viejo Monte-Toro
En la cárcel del mar, ahí está presa:
una rima de oro
entre unas aguas de color turquesa.

"Pero está vigilante, siempre en vela.
Aunque sea pequeña y esté sola,
tiene al Este La Mola
y al Oeste, la heroica Ciudadela
¡la isla es cada vez más española!

"Dejadla quieta ahí, dejadla quieta
con su acervo de viejas tradiciones
y dejad que, con lengua de poeta,
la llame en mis canciones
"Roqueta, mi Roqueta".

Un menorquín de nacimiento. Alfredo Marquerie, radicado luego en Madrid, en el centro del altiplano castellano, nos da una visión de Menorca en que se transparenta una íntima nostalgia personal y en que la imagen de la isla se dinamiza lentamente como cuando, con esmerado cuidado, es botada una barca de pescador, después de paciente arreglo en tierra.

"Mahón, Mahón!...
—Geografía de Menorca
dentro de mi corazón—
Nací en La Mola.
Arriba la fortaleza,
abajo un golpe de ola..."

Para el poeta, entre “mar y cielo, cielo y mar” la Isla es ya arquitectura naval: “Barca en un mar agitado”.

Como un barco en medio de un temporal la veía también el poeta que con admirativo acento nos cuenta:

“La ve’ssen quan l’investen furiosas les onades
i brama demunt ella el nord o be el mestral!
Del blanc polsim de l’ona se n’alcen nuvoladas
qui com espesa boira cobreixan el penyal
.....
i es van ona per ona sobre son pit desfent”

Y Juan Timoner Petrus desde lo alto de Monte-Toro, centro espiritual de la Isla y también puesto de mando y observatorio único, desde el que se ve a ésta “rodeada de mar por todas partes” (como en la elemental definición del bachillerato), como si estuviera situado en el puente de mando de un barco dirige la mirada al horizonte y

“Als quatre vents oberta la mirada
veu mar i cel a l’horitzó mes vast...”

La investigación etimológica corre en auxilio de la intuición poética para confirmarnos que en todas sus formas posibles *isla*, *insula* (castellano) *isla* (en portugués, en el sentido de “manzana de casas”) *illa* (catalán) o las formas francesas, trentinas y sardas como *ille*, *ischia* e *isca*... como sus derivados *islario*, *insulano*, *isleta*, *isleo*, *islote*, *insular*, *aislado*, *aislador*, *aislacionista* (del inglés *isolationist*, de *isolation*, aislamiento) o *aislamentista* e incluso *insulina* (por extractarse de las *isletas* de Langerhans en el páncreas), reflejan algo que puede ser, por ejemplo, una por-

ción de terreno "circuñdo por todas partes de otros de distintas clases", expresado según la Real Academia; es decir *aislado* ya que, como excepción que confirma la regla, me parece esto de isla y aislado el único caso en que la definición y lo definido, el primitivo y el derivado, pueden venir entrañablemente envueltos uno en otro.

Podemos volver ahora a la *Antropogeografía* y precisar nuestra posición ante una rama geográfica tachada de determinista desde su fundación por Federico Ratzel, el primero que vió claramente la interacción entre el hombre y el suelo. La aclaración es tanto más importante cuanto que es indudable que aunque el propio Ratzel no dejaría de estar influenciado por su personal circunstancia de alemán formado en "la doctrina determinista de Herder y la idolatría estatal de Kant y de Hegel, que había tomado parte activa en la guerra de 1870 y que compartía el belicismo histórico de Treitschke" fueron principalmente sus discípulos quienes—en opinión del historiador catalán Vicens Vives— "deformaron en buena parte la obra del profesor de Munich y de Leipzig... Y deterministas fueron la norteamericana miss Ellen Churchill Temple, autora de un libro rigurosamente biológico (*"Influences of Geographic Environment"*, 1911), el francés Camille Vallaux (*Geographie Sociales: le Sol et l'Etat*", 1911) y la legión de discípulos de Ratzel en Alemania, sobre todo W. Vogel (*"Folische Geographie"* 1922) y A. Supan (*"Leitlinien der allgemeinen politischen Geographie"*, 1918). Ahora bien, siendo la obra de Ratzel "*Antropo-Geographie*" difícil de leer incluso para los propios alemanes es a través de la obra inglesa de miss Temple que seguiremos la aplicación a Menorca de la técnica antropogeográfica, tomando de "*Influences of Geographic Environment on the bases of Ratzel's sistem of antropo-geography*" todo lo que tenga de útil a nuestra previa concepción de histori-

dad, en que el hombre cumple sus realizaciones temporales por actos de su libertad ligados a su trascendencia. Quere-
mos señalar todo el inmenso influjo del medio en que se
mueve sobre la acción del hombre; pero sin perder un solo
momento de vista que todo este influjo, por fuerte que sea,
es solo *condicionante*, pero no *determinante* de las acciones
humanas, realizadas bajo el signo de la libertad.

Este influjo en el caso de un grupo humano que se mueve
en un medio doblemente condicionado por su circunstancia
insular dentro de un espacio relativamente reducido y a la
medida del hombre, como el Mediterráneo Occidental, es in-
discutiblemente importante. Acabamos de ver como la intui-
ción poética nos ha repetido como constantes menorquinas
su sentido de *pequeñez* (que es sin duda el que lleva a mu-
chos menorquines a llamar *Continente* a la Península Ibé-
rica), su sentido de *perennidad* (tanto en la lucha victoriosa
con los elementos como en su fé religiosa y en su patriotismo
hispanico) y su sentido de (repetamos la reiteración) *aisla-
miento*. "Las características que marcan las penínsulas, espe-
cialmente el amplio contacto con el mar, su pequeña su-
perficie comparada con los continentes, su localización pe-
riférica, su mayor o menor aislamiento, combinado también
con su función de puente o lugar de paso hacia tierras re-
motas, está acentuada en las "islas", escribe miss Temple.
Pero frente a los elementos aislamentistas de la geografía
insular, la dinámica de la historia, las corrientes y apeten-
cias de los pueblos vecinos y los adelantos de la civilización,
especialmente las técnicas de navegación, sólo marítima en
un principio y también aérea hoy, hacen de las islas lugares
de afluencia y como por efecto de una ley de acción y reac-
ción de los isleños, seres muy suyos, muy amantes de las pe-
culiaridades y tradiciones locales; pero también, a la vez,
muy universales, expandidos por todo el universo, "globe-

trotters" y ciudadanos del mundo. "Estas dos influencias antagonistas en un medio ambiente insular pueden verse trabajando simultáneamente en un mismo pueblo, pasando una a otra a ser dominante; un periodo de no perturbada reclusión o exclusión puede ser inmediatamente seguido de otro de extensivo intercambio, receptividad y expansión... Considérese la mentalidad pronunciadamente insular del trotamundos hombre inglés, el conservadurismo profundamente arraigado que caracteriza a este pueblo colonizador del mundo, al mismo tiempo, el más provincial y cosmopolita de la tierra. Emerson decía, y decía verdad, "Cada uno de esos isleños es una isla en sí mismo, seguro, tranquilo, incomunicable".

En el caso de Menorca es su situación insular la que nos dá la clave más importante para el entendimiento de su historia. Pero más allá de la Historia, y aun de la Prehistoria, la isla estaba ya signada con el sello de una destacada personalidad. Los terrenos primarios de Menorca, toda esa amplia zona que se extiende al Norte de la Isla y de la diagonal Mahón-Algallarens (al N. de Ciudadela), cuyo origen constituye lo que los geólogos llaman el *problema geológico de Menorca* (problema inexistente en Mallorca y en Ibiza), confieren a la isla, desde la oscuridad de los tiempos, una personalidad singular. "Para determinados geólogos franceses y españoles, la edad y el estilo de los plegamientos menorquines resultan diferentes a los de las otras islas, porque llevaron a cabo en épocas anteriores a la principal fase de contracciones originadoras de la aparición de Mallorca y de Ibiza, siendo por tal motivo estas dos islas hijas directas de los plegamientos llamados "alpinos"... Menorca en cambio, con sus terrenos de edad Primaria contraídos desde el carbonífero superior, con el Triásico cabalgando sobre sus estratos, representa, según ellos, un retazo, un fragmento ais-

lado del antiguo Macizo catalán-corso-sardo que aun subsiste pegado a la zona oriental de la región afectada por las "contracciones alpinas" que durante el oligoceno superior y el Mioceno inferior tuvieron lugar en el geo sinclinal profundo, y con ello dieron origen a las Sierras Béticas y a las islas de Mallorca e Ibiza".

Estas dos islas resultan, pues, siguiendo a los citados geólogos franceses, de la misma edad que el empuje general que dió definitivamente origen a las montañas alpinas, estrechamente unidas por tal motivo a las Sierras andaluzas. La isla de Menorca, no. Tal es el "problema geológico de Menorca", expuesto en pocas palabras, según un geólogo español.

No es el momento, ni forma parte de mi misión seguir ahora las variadas teorías suscitadas, frecuentemente contrapuestas; pero si miramos con una amplia visión de conjunto el panorama geológico menorquín y procedemos con intención poética podemos imaginarnos las partes que subsisten emergidas de ese gran Zócalo hundido catalán-corso-sardo: (Norte de Menorca, la cordillera litoral catalana, el Macizo francés Maures-Esterel, entre Marsella y Niza, y la mayor parte de las islas de Córcega y Cerdeña), como prefigurando las grandes corrientes que la Historia y la Antropología cultural reconocerán fácilmente operando sobre la Isla de Menorca: la influencia hispánica a través de Cataluña y la Corona de Aragón, la francesa a través, principalmente, del Golfo de León (al que no sólo debe Menorca la *Tramontana*), y la influencia italiana y del Mediterráneo oriental. "Una de las características más notables de la pasada Edad de Bronce, por lo que al intercambio y mútuas relaciones de los pueblos ribereños del Mediterráneo Occidental se refiere —dice García y Bellido— constituyóla el recíproco conocimiento que entre ellos existía de tiempos atrás. Es indu-

dable que Italia, Sicilia, Malta, las Baleares, Córcega, Cerdeña y las costas provenzales y levantinas de España y aun las del Norte de Africa, no se ignoraban entre sí". Puede fácilmente imaginarse el papel que correspondería a Menorca en ese juego de interacciones, situada como está en punta de lanza del sistema balear. Ahí la función de puente y lugar de paso que la Antropogeografía señala como característica de la insularidad, aparece claramente en tantas y tan variadas fuentes antiguas que no nos será permitido —por razones de tiempo— ni seguir las, ni tan siquiera enumerarlas. Todas las *talasocracias* del Mediterráneo oriental debieron de encontrarse en su marcha solar de Este a Oeste con la Isla de Menorca —la *Meloussa* o Isla junto a los iberos, del plano o mapa de Hekateios de Mileto— en su viaje a Iberia. Isla que, entonces como ahora, era el primer pedazo de Iberia que cada día alumbraba el sol Naciente, auténtica *Hemeroscopeion* o Atalaya del día.

Podemos imaginar el incremento de esta importante posición geopolítica cuando los griegos con sus "pentekón-toroi" (de que nos hablan la Iliada y la Odisea), grandes navíos de cincuenta remos, hicieron dar a la técnica de la navegación un avance que García y Bellido considera como "una verdadera revolución en las cosas del mar, algo semejante a la que causaron en el siglo XV las carabelas". No es, pues, extraño que Cassandra profetizara que "parte de los griegos, navegando en sus barcos (*karkinoi* o "cangrejos"), arribarán en sus peregrinaciones a las "rocosas *Gymnésiai*", donde vivirán miserable vida desnudos, cubiertos sólo con el manto balear armados con hondas y no comiendo el pan si antes no han logrado derribar con ellas el pedazo colocado lejos, sobre un erguido palo". Y el propio geógrafo Strabón recoge esta vieja tradición al afirmar: "Algunos dicen que

tras el regreso de Troia, estos *rhódioi* (rodios) se establecieron en las Islas Gymnesias" (Strábon—XIV, 2, 10).

García y Bellido ha reconstruído, a base de una serie de topónimos muy antiguos conservados, lo que llama: "*Vía interinsular de los nombres en —oussa—*" "Partiendo indistintamente de uno o de otro foco colonial griego (de Sicilia o de Campania) el primer escalón o tramo del mencionado puente o la primera piedra de este vado isleño, era la Isla de Cerdeña, que en tiempos remotos dicen los textos llevó el nombre significativo de *Ichnoussa*. De ella se saltaba a las Baleares, todas las cuales llevaron al parecer nombres con idéntica terminación. Son a saber: *Meloussa* y *Kromyoussa*, que según Hekataiós llevaron dos islas cercanas a España, sin que sepamos cuales son a ciencia cierta aunque lo más probable es que se refiere Hekateios a Menorca y Mallorca, únicas que aquí entran en liza, pues por otros conductos sabemos que Ibiza tuvo el nombre de *Pityoussa* y Formentera, al Sur de Ibiza, el de *Ophiussa*... Del archipiélago balear se pasaba a las costas de la tierra firme, donde hemos de ver al pronto otros nombres en —oussa— testimonios idénticos que, como hitos, van marcando el rumbo de esta ruta anti-quísima".

Hemos de añadir a esa misión antropogeográfica de puente el importante papel geodominante de las islas Baleares, y de Menorca en especial, como punta de flecha avanzada sobre la antigua y umbilical "*Vía Herákleia*" de los griegos, origen de la posterior "*Vía Herculea*" de los romanos, así como sobre toda la navegación entre las riberas de dicho mar. Es sin duda debido a esa posición geopolítica a la que se debe el papel de las Islas en las guerras púnicas, encontrándose en Menorca topónimos debidos a uno y otro de ambos bandos beligerantes, conservando Mallorca su

posición central, e Ibiza significada en su destino de Museo vivo de la cultura púnica.

Es a través de la cadena que de NE. a SW. establecen las hermanas Mallorca e Ibiza, como enlaza Menorca segunda vez (la primera, ya vimos, a través de Cataluña, enlace prefigurado ya más allá de la Prehistoria) con Hispania, esta vez a través del Sistema Bético. Si tenemos la curiosidad de manchar en el mapa de España con tinta del mismo color las últimas tierras de Hispania dominadas por los musulmanes encontraremos que las Baleares prolongan la punta avanzada de la costa firme levantina del Reino de Denia que Abul-Chaix-Mocheid Monafac fundara antes del total desmembramiento del Califato de Córdoba, unión que también podemos anticipar prefigurada, en un mapa geológico Bético-Balear.

Los escasos restos árabes que la arqueología menorquina puede mostrar reflejan no sólo el hecho de ser Menorca el último escalón de esa cadena bético-musulmana sino, también, la especial naturaleza de la conquista catalana de Menorca y muy principalmente la forma práctica y radical de resolver el problema etnográfico de la post-conquista, lo que hace decir certeramente al Dr. Salort Barceló que "nada tienen que ver con nosotros —(los habitantes de la Menorca sarracena—) los actuales menorquines herederos directos de los antiguos almogávares, esto es, sobre todo, gentes pirenaicas con entronques profundos indoeuropeos, y no semíticos y camíticos como eran los antiguos habitantes del Archipiélago. Y ello es aún más completo más íntimo, más exacto en nuestra Isla, donde la llegada de los Catalanes y aragoneses presentó una verdadera eliminación, una desaparición casi total del mundo musulmán que hasta entonces vivía" (en la Isla).

Desde el momento en que la talasocracia catalana en su

vocación imperial era atraída más y más por la llamada del Mediterráneo dominando el central y llegando a las extremidades orientales, el papel pontifical que las Baleares desempeñaron antes, —cuando la vía interinsular de los “ousa—”, se tuvo que repetir inexorablemente en una marcha que repetía buena parte de aquel camino, aunque en sentido contrario. Sino antes (los romanos y su *Municipio Magontano* lo atestiguan) tiene que datar ya de esta época el peso decisivo del puerto de Mahón en la historia total de la Isla.

No nos atrevemos a referirnos a la importancia de Menorca en los primeros tiempos del Cristianismo hasta que los trabajos de arqueología inteligentemente dirigidos, unos bajo el patrocinio del decano de los arqueólogos menorquines el Dr.: D. Bartolomé Pascual Marroig, Obispo de Menorca y otros por la Dra. Serra Belabre, hayan visto agotadas sus inmensas posibilidades de contenido por los respectivos especialistas; pero es indudable que las dos magníficas basílicas paleocristianas escavadas atestiguan que la Isla seguía ejerciendo el papel de puente entre los incipientes núcleos de la cristiandad en aquellos primeros tiempos, de los que su toponimia conserva el nombre de la Cala de San Esteban.

A medida que la técnica náutica avanzaba el papel del gran puerto menorquín aumentaba el valor geodominante de la Isla sobre las rutas mediterráneas y se hacía indispensable tanto para bloquear Tolón en la costa francesa, como para atacar por la gola marítima el despliegue de Napoleón en Egipto. De ahí la posibilidad de la presencia de Nelson en Menorca y el origen de una de las leyendas que contribuyen a valorar literariamente una de las más bellas fincas del Puerto de Mahón.

La historia de esta época de Menorca —sobre la que no

entraré por haber sido objeto de una intervención anterior— puede resumirse esquemáticamente por los cambios de dueño que experimenta, a consecuencia de la actividad bélica y diplomática, en el siglo XVIII:

- 44 años de la Primera dominación inglesa (1712-1756).
- 6 años de la dominación francesa (1756-1763).
- 18 años de la Segunda dominación inglesa (1763-1781).
- 4 años de la Tercera dominación inglesa (1798-1802).

En total 72 años, casi un siglo, de dominación extranjera, que si bien es largo período que ha marcado muchos aspectos de la vida isleña, muy a tener en cuenta en una Antropología cultural han sido sin embargo “digeridos” perfectamente por la savia vital de la Isla, la que se ha beneficiado sin duda especialmente de hábitos cívicos y domésticos británicos, como igualmente pueden seguirse en la Isla las huellas de influencias francesas (especialmente en las bibliotecas de las grandes casas familiares) e italianas (¡esa incomparable *loggia* de la Casa Martorell de Ciudadela!, la afición el *bel canto*, general en la Isla, y la tradición operística del Teatro Principal de Mahón, de vida antes paralela al Gran Liceo de Barcelona). Pero todas esas influencias no han cambiado. repito, la raíz profundamente hispánica de la isla (¡Cada vez más española!, según la acertada intuición del poeta) y esa tradición hispánica es de origen catalán, traída por la *bona gent catalana* de que nos habla el cronista Muntaner, que repobló la Isla después de su conquista por Alonso III.

Toda la isla es también un receptáculo y un crisol donde tantas influencias dispares se conjugan y donde tantas esencias se guardan. El idioma es un ejemplo. “Hoy en día es en Menorca y Mallorca que la lengua catalana es hablada en su mayor pureza. En su solar nativo en el Este de España, especialmente en Barcelona, está gradualmente sucum-

biendo al Castellano oficial y probablemente dentro de pocas centurias sobrevivirá solamente en su medio ambiente protegido de las Islas Baleares”, en opinión de Miss Churchill-Temple (“*Influences of Geographic Environment*”).

Pero la isla es también trampolín desde el que el trotamundismo isleño ha saltado a las más dispares y lejanas tierras, entre otras: Argelia, Uruguay, Argentina, Cuba, Puerto Rico y la Florida, en los Estados Unidos, en cuya ciudad de San Agustín los “*minorcans*”, sucesores de los sobrevivientes menorquines de la expedición de Turnbull y de la colonia Nueva Esmira, constituyen una influyente aristocracia local. No me es posible describir la emoción que sentí cuando después de dar una conferencia en la Geographical Society, de San Agustín, (Florida); presidida por un Sr Paliser (Pellicer) estreché la mano y conversé largamente con personas de apellidos menorquines.

Dejo para otra posible ocasión el tratar más a fondo dos de los más importantes temas aquí esquemáticamente enunciados: la influencia catalana en Menorca —sin la cual la más estudiada influencia inglesa no hubiera encontrado una tan excelente tierra germinal en que sembrarse— y la diáspora menorquina a través de los siete mares.

Como dije al principio mi objeto hoy no era el de dar una *respuesta*, sino el de efectuar una *llamada*. Llamada a todos los menorquines con vocación intelectual para continuar la labor de nuestros antepasados, los que hicieron posible el Ateneo, la “*Revista de Menorca*” y tantas obras de cultura y, en general, llamada a todos los menorquines sin distinción de ninguna clase a que todos juntos dejemos oír nuestra voz —la voz de Menorca en el gran concierto de España— uniéndonos una vez más para “cantar a coro”.